

Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis de Juan (Ap 6, 1-8): de la teopneustia piadosa a una visión no teándrica de la exégesis

The “Four Horsemen of the Apocalypse” of John (Rev 6: 1-8): From Pious Theopneusty to a Non-Theandric View of Exegesis

Manuel Aneiros Loureiro
Universidad de Santiago de Compostela
GI-1507. Medievalismo: espacio, imaxe e cultura
<http://orcid.org/0000-0003-4448-4265>
manuel.aneiros.loureiro@gmail.com

Recibido: 09-03-2017; Revisado: 29-06-2017; Aceptado: 05-07-2017

Resumen

Los conocidos como *Cuatro Jinetes del Apocalipsis* de Juan han sido objeto de las más variadas y extrañas interpretaciones a lo largo de la historia. Algunos autores los han relacionado con las persecuciones de los cristianos, con las guerras, con la hambruna, con las plagas enviadas por Dios al final de los tiempos, etc. Sin embargo, una lectura del texto bíblico desde un punto de vista no teándrico nos ofrece otra perspectiva que se aproxima a los mitos y costumbres de la sociedad de la época y a la tradición astrológica de los caldeos.

Palabras clave: Apocalíptica, Apocalipsis, Jinetes del Apocalipsis, Revelación, exégesis.

Abstract

Throughout history, the so-called “Four Horsemen of the Apocalypse” of John have been the object of the most varied and strange interpretations. Some authors have related them to the persecution of Christians, to wars, to famine, to the plagues sent by God at the end of time, etc. However, a reading of the biblical text from a non-theandric point of view offers us another perspective upon the myths and customs of society at the time, and the astrological tradition of the Chaldeans.

Keywords: Apocalypticism, Apocalypse, Four Horsemen of the Apocalypse, Revelation, Exegesis.

1. *Et vidi quod aperuisset Agnus unum de septem sigillis, et audivit unum de quatuor animalibus, dicens, tamquam vocem tonitruum: Veni, et vide.*
2. *Et vidi: et ecce equus albus, et qui sedebat super illum habebat arcum, et data est ei corona, et exiit vincens ut vinceret.*
3. *Et cum aperuisset sigillum secundum, audivi secundum animal, dicens: Veni, et vide.*
4. *Et exiit alius equus rufus: et qui sedebat super illum, datum est ei ut sumeret pacem de terra, et ut invicem se interficiant, et datus est ei gladius magnus.*
5. *Et cum aperuisset sigillum tertium, audivi tertium animal, dicens: Veni, et vide. Et ecce equus niger: et qui sedebat super illum, habebat statera in manu sua.*
6. *Et audivi tamquam vocem in medio quatuor animalium dicentium: Bilibris tritici denario, et tres bilibris hordei denario, et vinum, et oleum ne læseris.*
7. *Et cum aperuisset sigillum quartum, audivi vocem quarti animalis, dicentis: Veni, et vide.*
8. *Et ecce equus pallidus: et qui sedebat super eum, nomen illi Mors, et infernus sequebatur eum, et data est illi potestas super quatuor partes terræ, interficere gladio, fame, et morte, et bestiis terræ (Ap 6, 1-8, Torres y Scio, 1886).*

Uno de los pasajes más dramáticos del libro de la Revelación o *Apocalipsis* de Juan es, sin duda, el capítulo 6, 1-8, en el cual el autor relata la aparición de cuatro caballos de diferentes colores sobre los que cabalgan sus correspondientes jinetes. Estos versículos son conocidos popularmente como el episodio de *Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis*. A lo largo de la historia, los exégetas, creyentes y no creyentes, han propuesto diferentes soluciones para explicar la naturaleza y el significado de jinetes y monturas con la finalidad de encontrar en ellos —tal como sugiere el autor del libro— un mensaje divino. Sin embargo, si observamos el texto desde un punto de vista no teándrico, comprobamos que presenta curiosas similitudes con escritos anteriores a su época, con ciertas costumbres de la sociedad de su tiempo y con tradiciones astrológicas del entorno de Oriente Medio. En otras palabras, el episodio de los *Cuatro Jinetes del Apocalipsis* pudiera tratarse de un relato construido a partir de una serie de símbolos y alegorías provenientes de las diversas culturas de la época, y la información que subyace bajo esas fantásticas apariciones es posible que no exceda de los límites de su época ni de su entorno. El objetivo de este trabajo consistirá, por lo tanto, en realizar una exposición sobre diversas interpretaciones que se han hecho del episodio de los *Cuatro Jinetes del Apocalipsis* a lo largo de la historia, para lo cual enfocaremos el tema desde dos puntos de vista diferentes. Por un lado, las valoraciones que aporta la exégesis cristiana, desde los Padres de la Iglesia hasta la actualidad¹ y, por el otro, la lectura del texto bíblico entendido bajo un planteamiento no teándrico, es decir, teniendo en consideración que el escrito, como ya hemos adelantado, es solamente un documento propio de su tiempo.

1 Ante la evidente imposibilidad de analizar todas y cada una de las interpretaciones que se han hecho del pasaje bíblico a lo largo de la historia, hemos decidido seleccionar aquellas que están a nuestro alcance y que consideramos más representativas para el desarrollo de este trabajo.

1. EL LIBRO DEL APOCALIPSIS Y LOS PROBLEMAS DE INTERPRETACIÓN QUE PLANTEA

El libro del *Apocalipsis* es una obra que ha planteado serios y variados problemas de interpretación desde el momento de su escritura. Las dudas sobre su autenticidad y la intención de su mensaje se remontan a los Padres de la Iglesia. Sabemos, por ejemplo, que Eusebio de Cesarea —a principios del siglo IV— duda de que el libro sea de Juan y también que sea *Apocalipsis*, es decir, Revelación, cuando dice «estando como está bien velado con el grueso manto de la ignorancia». Eusebio añade un comentario anfibológico, que acentúa todavía más la incertidumbre sobre su enigmático contenido: «no obstante sospecho al menos que en las palabras se encierra alguna intención más profunda» (VELASCO, 1997: 477).

La admisión del *Apocalipsis* en el canon bíblico del Nuevo Testamento tampoco fue tarea fácil. Durante un largo período de tiempo algunos cristianos lo consideraron ininteligible y apócrifo, llegando incluso a atribuirlo a Cerinto, contemporáneo de la segunda generación cristiana. La exégesis liberal lo coloca entre los pseudoepígrafos y lo considera como una compilación redactada por un judeo-cristiano anónimo hacia el 95 (GUIGNEBERT, 1973: 57). No fue hasta el IV Concilio de Toledo (633) cuando el *Apocalipsis* se incluye en el canon de la Iglesia occidental, acompañado, al mismo tiempo, de la siguiente observación: «si alguien, de ahora en adelante, no lo aceptare, o no lo leyere en la misa desde Pascua a Pentecostés, será excomulgado» (VIVES, 1963: 198).

De todos los pasajes que componen el libro del *Apocalipsis*, el episodio de los *cuatro jinetes* es, posiblemente, el que mayor número de interpretaciones ha tenido a lo largo de la historia, entre las que encontramos —como veremos— significativas diferencias. En una primera aproximación a la lectura del texto observamos que la única información que el escritor nos proporciona acerca de la naturaleza de los caballos es su número y su color. En lo que concierne a los jinetes, no menciona su nombre ni señala calificativo alguno que facilite su identificación, a excepción del cuarto, del que dice *nomen illi Mors*. La naturaleza de los otros tres resulta confusa; el autor se refiere a ellos de una forma poco específica: *et qui sedebat super illum*. En cualquier caso, y atendiendo al contexto en el que se enmarcan y a los atributos que les acompañan —arco, espada y balanza, respectivamente—, la exégesis ha propuesto diversas interpretaciones acerca de su identidad, como veremos más adelante. Los caballos blanco, rojo y negro, con sus correspondientes jinetes, siguen siendo, a día de hoy, tema de controversia entre los especialistas y presentan serias dificultades de interpretación, en especial el jinete del caballo blanco.

2. TEOPNEUSTIA Y EXÉGESIS TEÁNDRICA

En relación a las diversas lecturas que se han hecho a lo largo de la historia sobre el *Apocalipsis* —y, consecuentemente, sobre los *cuatro jinetes*—, sabemos que

al poco tiempo de escrito el libro dieron comienzo los primeros comentarios por parte de los Padres de la Iglesia. Victorino de Petovio (250-304), considerado como el primer exégeta latino de las Sagradas Escrituras, manifiesta en su *Commentarii in Apocalypsim Ioannis* que el caballo blanco representa la palabra de la predicación enviada al mundo con el Espíritu Santo; el caballo rojo significa las guerras que han de venir; el negro se corresponde con el hambre; y el pálido lo relaciona con la peste y la muerte (PASCUAL, 2008: 113). Posteriormente, Cesáreo de Arlés (470-542) manifiesta que los tres últimos caballos tienen un jinete único, que es el diablo, y significan la guerra, el hambre y la peste. Estos tres caballos se oponen al primero, que es la palabra de la predicación (ROMERO, 1994: 58). Entre la Antigüedad tardía y la Edad Media, diversos Padres, como Ticonio (siglo IV), Primasio (ca. 560) o Apringio de Beja (siglo VI), entre otros, coinciden con los anteriores, aunque con ligeras variaciones de apreciación (WEINRICH, 2010).

En el siglo VIII, Beato de Liébana, tomando como referencia la exégesis patrística, elabora sus propios *Comentarios al Apocalipsis*. Para el monje lebaniego, el caballo blanco es la palabra de la predicación enviada por el Espíritu Santo; el caballo rojo se corresponde con el pueblo siniestro manchado de sangre por su jinete el diablo; el negro indica el hambre espiritual dentro de la Iglesia; y el macilento describe la falsedad e hipocresía manifiestas (GONZÁLEZ et al., 1995: 346). En la segunda mitad del siglo XII, Joaquín de Fiore, siguiendo en algunos aspectos los comentarios anteriores y añadiendo otros propios, interpreta que el caballo blanco es «la iglesia primitiva que entrega el mensaje del Evangelio» y su jinete es Cristo; el caballo rojo simboliza los sacerdotes y ejércitos paganos de Roma; el negro la herejía arriana; y el pálido los sarracenos (DELNO y ZIMDARS-SWARTZ, 1986: 34).

Lo cierto es que, con ligeras variantes, los exégetas de la Antigüedad tardía y de la época medieval es frecuente que identifiquen a los *Cuatro Jinetes del Apocalipsis* con Cristo, con la Guerra, con el Hambre y con la Muerte, respectivamente. Sin embargo, a medida que dejamos atrás el Medioevo y la tradición escolástica, la aparición del humanismo aporta algunas lecturas del pasaje bíblico que presentan interesantes novedades. A partir de este momento, los debates acerca del significado del enigmático grupo ecuestre llevan a los estudiosos del tema a conclusiones muy dispares. Así, por ejemplo, en el siglo XVI, Gregorio López identifica el jinete del caballo blanco con Decébalos,² rey de Dacia (Rumania), justificando que los dacios usaban habitualmente arcos de guerra en aquel tiempo. En el jinete del caballo rojo reconoce a Trajano, por las muchas guerras que promovió y por haber derramado mucha sangre de cristianos. En el caballo negro, Gregorio entiende que representa a Etiopía, cuya gente es negra y porque «debió haber en ese país una gran hambre y falta de vino y cebada». El cuarto caballo lo relaciona con la Muerte y la pestilencia «la cual pone amarillos los cuerpos humanos» (HUERGA, 1999: 180). A finales del siglo XVII, Frei Francisco de S. [sic] discrepa de todos los comentarios anteriores y sostiene que «los siete sellos

² Decébalos reinó entre el 87-106, época cercana a la escritura del *Apocalipsis*, y es conocido por sus constantes guerras contra el Imperio Romano.

son los siete pecados capitales»,³ arguyendo que solo el Cordero podía quitar los sellos. Al mismo tiempo, y haciendo crítica de sus antecesores, señala que otros expositores del *Apocalipsis* «han andado poco cuerdos» relacionando los cuatro caballos con monarcas asirios, persas, medos y romanos (CRASBEEK DE MELO, 1677: 7). Un planteamiento diferente nos lo ofrece Manuel Rosell, a finales del siglo XVIII, quien enfoca el tema desde una perspectiva completamente novedosa: observa la posible relación que existe entre la apertura de los cuatro primeros sellos —a los que corresponden los *cuatro caballos*, como hemos dicho— con los sacramentos del Bautismo, la Confirmación, la Penitencia y la Eucaristía, alegando que estos «cuatro primeros sacramentos sirven para formar toda la vida espiritual del hombre» (ROSELL, 1798: 132).

En la actualidad, algunos comentaristas del *Apocalipsis* proponen diversas soluciones alternativas a la exégesis medieval, aunque otros siguen manteniendo una línea semejante a la de los Padres. Así, por ejemplo, a juicio de Pilar Rodríguez Marín el primer jinete encarnaría alegóricamente a los predicadores de la fe, donde el caballo blanco y la flecha simbolizarían las palabras del mensaje. El segundo caballo representaría las guerras venideras, el tercero el hambre y el cuarto la muerte y el infierno (RODRÍGUEZ, 1993: 62). En opinión de Stanislas Giet, los *cuatro caballos* aluden al nacimiento de la nueva Iglesia, que comienza inmediatamente después de Pentecostés y que sale triunfante por medio de la predicación de los apóstoles (GIET, 1960: 227). A juicio de otros autores, como Ricardo López y Pablo Richard, los *cuatro jinetes* estarían relacionados con la situación política del tiempo del *Apocalipsis*, donde el grupo ecuestre representaría la realidad de la muerte del Imperio romano —el caballo blanco sería el propio Imperio—; el rojo la violencia política del mismo; el negro su poder económico; y el macilento la realidad global del Imperio mismo (LÓPEZ y RICHARD, 2006: 326). La situación del Imperio romano de finales del siglo I y las constantes luchas que mantenía con los pueblos limítrofes, son temas recurrentes entre algunos investigadores que, en algunas ocasiones, los relacionan con los *cuatro caballos* y sus correspondientes jinetes. Así, por ejemplo, en opinión de Domingo Muñoz, el caballo blanco sería un ejército invasor que acarrea tras de sí una secuela de plagas, las que se corresponderían con los otros tres caballos (MUÑOZ, 2007: 77). Para Elisabeth Schüssler, el primer jinete encarnaría a un militar victorioso que —por el uso del arco— relaciona con los partos, y añade que los primeros cuatro sellos describen varios acontecimientos: la derrota del poder militar expansionista romano, las luchas intestinas que minan la *Pax Romana* decretada por Augusto, la consiguiente inflación y, por último, la peste y la muerte como amarga consecuencia de la guerra, las luchas intestinas y el hambre (SCHÜSSLER, 1997: 94).

También observamos, entre los exégetas contemporáneos, algunas propuestas que sugieren un carácter atemporal del episodio de los *cuatro jinetes*, como la que nos ofrece Leonardo Castellani, quien opina que el caballo blanco representa la Monarquía Cristiana, la Iglesia de Thyatira y la Cristiandad; el caballo rojo es, evidentemente, la guerra; el caballo negro manifiesta la carestía, la posguerra, los pobres amenazados de hambre y los ricos seguros, es decir, el Capitalismo

³ Los cuatro primeros sellos corresponden a los cuatro caballos.

mundial; y el caballo amarillo representa la última persecución (CASTELLANI, 2010: 103).

Por otra parte, otros investigadores aportan interesantes interpretaciones que están más próximas a conceptos filosóficos que a hechos históricos. Este es el caso de Ignacio Rojas, el cual señala que la gama cromática del grupo ecuestre sugiere ciertos modelos de afectividad, donde los colores adquieren un valor simbólico tras los que se encuentra una fuerte carga emotiva. El blanco simbolizaría la trascendencia y la victoria del Resucitado, el rojo lo demoníaco y violento, el verde amarillento la fragilidad de la vida y el negro la miseria, las amenazas y la injusticia social (ROJAS, 2011: 30).

3. EL JINETE DEL CABALLO BLANCO

Sin duda, la figura más cuestionada y que ha despertado mayor interés y controversia entre exégetas e investigadores a lo largo de la historia es el jinete del caballo blanco. El autor del *Apocalipsis* poco o nada aporta que pueda facilitar su identificación. Como única referencia dice de él que «se encuentra sobre el caballo» (*et qui sedebat super illum*). Sin embargo, la interpretación que ha tenido mayor aceptación entre los exegetas medievales —que se remonta al menos a Ireneo (finales del s. II d. C.)—, lo identifica con Cristo y a su montura con el victorioso progreso del Evangelio⁴ (MOUNCE, 2007: 208). En la actualidad, los comentaristas ofrecen diversas versiones sobre el primer jinete del *Apocalipsis*, aunque prevalecen aquellas que lo relacionan con los guerreros partos. Como ejemplo de esta apreciación, leemos en una edición de la Biblia de Jerusalén el siguiente comentario «el jinete del caballo blanco —símbolo de la victoria— designa a los partos, inconfundibles por su arco» (DESCLÉE DE BROUWER, 1967: 1646). En este sentido es frecuente encontrar, entre las diversas aportaciones de la exégesis contemporánea, estudios en los cuales el primer jinete del *Apocalipsis* se identifica con los partos. Estos estudios se basan en dos motivos fundamentales. El primero de ellos, entendido desde el punto de vista histórico, identifica al primer jinete del *Apocalipsis* con los guerreros partos como consecuencia de los constantes enfrentamientos bélicos entre partos y romanos, que eran habituales a finales del siglo I. El segundo, desde la perspectiva de la historia del arte, se debe a que ciertos modelos iconográficos que podemos ver, por ejemplo, en algunos Beatos,⁵ representan al primer jinete del *Apocalipsis* cabalgando al llamado *estilo parto*. Sobre este particular, Sepúlveda González, en su trabajo sobre la iconografía del beato de Fernando I y doña Sancha, comenta «es parta la postura del jinete disparando el arco hacia atrás, cosa que sólo hacían los partos, que dominaban el caballo» (SEPÚLVEDA, 1987: 1227). Aunque la observación de Sepúlveda sobre la postura del jinete coincida con la que hemos visto de la Biblia de Jerusalén

4 Los Padres de la Iglesia mantendrán una opinión semejante a la propuesta por Ireneo sobre la identidad del primer jinete de *Apocalipsis*, que continuará, con ligeras modificaciones, hasta la época moderna.

5 Los Beatos que presentan al primer jinete del *Apocalipsis* cabalgando al *estilo parto*, son los de Urgel, Valladolid, Girona, Fernando I, Turín, Mánchester, san Andrés del Arroyo y las Huelgas.

y se refieran ambas opiniones al mismo grupo étnico de los partos, no están relacionadas entre sí. Una es de naturaleza histórica y la otra iconográfica. Sobre este tipo de miniaturas, Menéndez Pidal ya había señalado que la iconografía de los *cuatro jinetes*, presentes en algunos Beatos, tuvo importantes influencias orientales provenientes de imágenes representadas en platos y bandejas repujadas — en particular sasánidas — que cruzados y mercaderes, principalmente, distribuyeron por todo el continente europeo (MENÉNDEZ, 1958: 33).

Por otra parte, la idea de relacionar el primer jinete del *Apocalipsis* con los guerreros partos tampoco carece de fundamento. En el año 62 — época aproximada de la escritura del *Apocalipsis* —, el rey parto Vologeso infringió una importante derrota al ejército romano; desde entonces los guerreros partos constituían la más seria amenaza para el Imperio romano (BROWN et al., 1971: 554).

Aparte de las interpretaciones que con más frecuencia se han hecho sobre la discutida figura del primer jinete del *Apocalipsis* como son su identificación con Cristo o con los guerreros partos, existen otras que destacan por su originalidad. Por ejemplo, Ángel Mirete deduce que el jinete del caballo blanco representa al Primer Adán, donde el caballo se correspondería con la naturaleza del hombre primigenio que era inmaculada; el arco, arma de lucha todavía utilizada por algunas tribus primitivas, es la libertad, que puede dirigir sus dardos hacia donde quiera, excepto al *Árbol del bien y del mal*. Mirete concluye su comentario indicando que «no es necesario insistir mucho para reconocer en los otros tres jinetes las consecuencias del pecado original» (MIRETE, 1998: 231). Otra reflexión original la aporta Eduard Schick, quien opina que el autor del *Apocalipsis* podría haber incorporado — en la imagen del jinete del caballo blanco — la figura más importante del acontecer escatológico, como es el Anticristo, puesto que en el *Apocalipsis* se describe generalmente el Anticristo como una tentativa de imitación de Cristo (SCHICK, 1974: 91).

Sería interminable citar todas y cada una de las interpretaciones que se han hecho a lo largo de la historia de los *Cuatro Jinetes del Apocalipsis*, por lo que consideramos que las citas anteriores son suficientes y sirven como muestra representativa de una exégesis devota tan variada y dispar.

4. LA EXÉGESIS NO TEÁNDRICA

Ahora bien, más allá de las diversas lecturas entendidas desde el ámbito religioso y profético, existe la posibilidad de enfocar el análisis del episodio de los *Cuatro Jinetes del Apocalipsis* desde otra perspectiva. Es decir, teniendo en cuenta el documento como si se tratase de un producto elaborado a partir de los recursos literarios, figurativos y estilísticos que existían a finales del siglo I d. C.

Bajo este planteamiento, algunos autores aportan diferentes y novedosas soluciones al pasaje de los *cuatro jinetes*, sugiriendo la posibilidad de que las fantásticas visiones pudieran tener su origen en un compendio de elementos propios de su época, que, tras ser combinados por el autor del *Apocalipsis* de una forma muy inteligente, dieron como resultado el texto que conocemos.

Esto implicaría que el episodio de los *cuatro jinetes* —y posiblemente todo el *Apocalipsis*— no pase de ser un texto literario encuadrado en su época, escrito para su tiempo, con una finalidad determinada y sin carácter profético alguno. Vamos a ver a continuación como el episodio Ap 6, 1-8 ha sido valorado por algunos investigadores desde un punto de vista no teándrico, teniendo en consideración las observaciones que acabamos de señalar.

En primer lugar, debemos tener presente las particularidades del ámbito en que surge el *Apocalipsis*. El libro fue escrito a finales del siglo I por un predicador de nombre Juan, que había sido deportado a la isla de Patmos, posiblemente durante el reinado de Domiciano. La situación de la isla, cerca de la costa suroeste de Anatolia y muy próxima a Estratonicea de Caria, propiciaba la influencia de numerosas corrientes filosófico-religiosas provenientes de diferentes culturas, donde se respiraba una atmósfera cargada de sincretismo espiritual. En consecuencia, muchas de las antiguas deidades carias y las divinidades griegas del entorno llegaron a fundirse formando un panteón de nuevos dioses sincréticos (ALVAR et al., 2007: 142). En este sentido, Vidal-Naquet ya puso de manifiesto que no resulta sencillo agrupar bajo una misma perspectiva histórica las características filosófico-religiosas del entorno del Egeo a finales del siglo I, donde una gran actividad socio-política y religiosa agitaba el ambiente. La literatura apocalíptica hebrea estaba en sus postreros momentos y el cristianismo emergía sin un fundamento filosófico y ritualista propio (VIDAL-NAQUET, 1990: 198). Asimismo, y en lo que concierne a la situación en la que se encontraba el vidente de Patmos y a su entorno, es de referencia inexcusable la opinión de Antonio Piñero quien considera que las ideas del autor del *Apocalipsis* son producto de un proceso que transforma las concepciones veterotestamentarias en concepciones helénicas, haciendo del profeta un instrumento mecánico (PIÑERO, 1974: 33).

En segundo lugar, resulta de vital importancia analizar la naturaleza y el contenido del propio documento. Como apuntan Cumont y otros autores, los textos neotestamentarios —entre ellos el *Apocalipsis*— han de estudiarse y compararse señalando las coincidencias y divergencias entre las tradiciones de rango similar de la época, tanto cristianas como no cristianas, y anteriores a ella (CUMONT, 1987: 171). Otros investigadores, como G. Strecker y U. Schnelle comparten un criterio semejante haciendo hincapié en que la forma literaria, el mensaje y el contexto de los textos del Nuevo Testamento pueden estar influenciados por elementos filosóficos o religiosos ajenos, que, al mismo tiempo, sean independientes entre sí (STRECKER y SCHNELLE, 1997: 136).

Sobre este particular, una de las primeras observaciones nos la ofrece Fírmico Materno quien aseguraba, a mediados del siglo IV, que los cultos de origen oriental fueron asumidos por los paganos del imperio romano que adoraban a los *elementa*, entendiendo con ello la veneración y el culto a los astros. (CUMONT, 1987: 176). En efecto, la astrología llegada de Oriente —especialmente de los caldeos— era de uso común entre el pueblo y los altos dignatarios del mundo romano. El mismo Domiciano, como apunta Stuckrad «conocía la fecha de su muerte calculada por los astrólogos y toda su política estaba impregnada de consideraciones astrológicas». La influencia de los astrólogos estaba, en aquellos tiempos, en su punto más alto

en la corte imperial romana (STUCKRAD, 2005: 126). La importante relación que existía entre los astrólogos griegos y caldeos es destacada por el astrónomo griego Gémino en su *Isagoge o introducción a los fenómenos*, quien considera la «escasa diferencia entre unos y otros, si no era en la manera de dividir los signos». Así, para los griegos el punto del solsticio de verano se encontraba en el primer grado del Cangrejo y para los caldeos en el octavo (CALDERÓN, 1993: 180).

En un contexto aparte, y sirva sólo como una observación sobre este tema, diremos que algunos investigadores relacionan ciertos pasajes del *Apocalipsis* con figuras astrológicas. Frederick van Der Meer, por ejemplo, identifica el episodio del Dragón y la Mujer con las constelaciones de la Hidra y de Virgo, respectivamente, elementos propios del folklore astrológico oriental (MEER, 1978: 27).

En otras palabras, la literatura apocalíptica hebrea, el culto a los *elementa*, la astrología llegada de Oriente y un cristianismo sin fundamento propio, que necesitaba, por otra parte, asentar unas bases filosóficas y ritualistas, confluyeron en un ineludible sincretismo. El substrato literario del *Apocalipsis* posiblemente esté alimentado, en su mayor parte, por todos estos elementos, aunque se hallan revestidos de una nueva apariencia. Todo esto sería especialmente notable en lo que compete al tema de las visiones apocalípticas, que estarían asentadas sobre un soporte literario de diversa procedencia, así como en ciertos modelos iconográficos del entorno.

5. SOBRE EL NÚMERO Y LOS COLORES DE LOS CABALLOS

En cuanto al número y los colores de los caballos, debemos señalar que la visión de cuatro caballos de diferentes colores no es una visión exclusiva del *Apocalipsis* de Juan. En el Antiguo Testamento, el profeta Zacarías también relata la aparición de un grupo de équidos semejantes, cuando dice: «Del primer carro tiraban caballos rojos, del segundo carro caballos negros, del tercer carro caballos blancos y del cuarto carro fuertes caballos pintos» (Zac 6, 2-3). Aunque el número de caballos y colores de Zacarías coinciden con los de Juan, ciertamente existe una notable diferencia entre ambas apariciones, ya que los caballos del profeta del Antiguo Testamento son caballos de tiro y los del vidente de Patmos son caballos de montar. Asimismo, los caballos de Zacarías -según la explicación que da el ángel al profeta— representan los vientos: «Estos son los cuatro vientos del cielo que salen después de presentarse ante el Señor de toda la tierra» (Zac 6, 5). En este sentido, sabemos que los vientos en la Antigüedad eran a menudo imaginados con figura humana y alados, o como caballos alados, y era frecuente encontrarlos relacionados con los dioses olímpicos, sobre todo con el dios del cielo y de los fenómenos atmosféricos (HARRAUER y HUNGER, 2008: 855). Si los caballos del *Apocalipsis* de Juan son tomados de la visión de Zacarías, como opinan la mayoría de los investigadores, el autor solamente ha tenido en cuenta su color y su número, quedando al margen su función, el significado y la naturaleza de los mismos.

En realidad, las figuras alegóricas en las que aparece un grupo de cuatro caballos no son exclusivas del libro de Zacarías ni del *Apocalipsis*. En la mitología

clásica, por ejemplo, son cuatro caballos blancos los que tiran del carro de Mitra, el dios sol (SAXL, 1989: 25) y en el libro segundo de las *Metamorfosis*, Ovidio utiliza una composición ecuestre similar para recrear el mito de Faetón, cuando dice «Barrieron el mundo con sus crines de fuego los cuatro caballos del Sol: Pyrois, Eethón, Phlego y Heo» (SAINZ, 1986: 39).

Volviendo a la visión de Zacarías y al comentario que el ángel realiza sobre los *cuatro vientos*, observamos que en la Antigüedad clásica existían elementos identificativos semejantes. Ptolomeo, por ejemplo, señala en el *Tetrabiblos*, que son cuatro vientos principales los que recorren toda la tierra: «De la misma forma, difieren las naturalezas de las cuatro regiones y ángulos del horizonte, de los cuales, soplan vientos que ocupan todas las partes» (HERNÁNDEZ, 1981: 29). En relación a este mismo asunto, San Agustín opina que, como los vientos, así también fue la dispersión del Evangelio por el mundo. Y añade: «el cuatro también manifiesta las cosas temporales, porque son cuatro las estaciones del año» (ROSELL, 1798: 84).

Si el grupo de los cuatro caballos presenta importantes similitudes con ciertos elementos astrológicos, sus colores también ofrecen valiosa información. En opinión de Heerbert Lawrence, los cuatro colores se corresponderían con las cuatro antiguas naturalezas del hombre: la sanguínea (el caballo blanco), la colérica (el caballo rojo), la melancólica (el caballo negro) y la flemática (el caballo pálido o macilento) (HEERBERT, 2008: 66). Esta misma relación entre colores y humores ya se había observado en la Antigüedad. En el siglo IV a. C., Hipócrates de Kos desarrollaba la teoría de los cuatro humores en la que aseguraba que la salud del cuerpo se debe al equilibrio de cuatro humores: flema (blanco), sangre (rojo), bilis negra (negro) y bilis amarilla (pálido o macilento). Al mismo tiempo, estos cuatro humores estaban relacionados directamente con las cuatro estaciones del año, es decir: la flema con el invierno, la sangre con la primavera, la bilis negra con el otoño y la bilis amarilla con el verano.⁶ Hipócrates y Galeno definieron estos elementos como determinantes del carácter y del temperamento humano.

Por su parte, Empédocles, el fundador de la teoría de los cuatro elementos, partió —según comenta Brusatin— de cuatro colores básicos: blanco, rojo, negro y amarillo ocre (BRUSATIN, 1987: 37), que, sorprendentemente, son los mismos cuatro colores de los caballos del *Apocalipsis*. Asimismo, y con ligeras diferencias sobre el amarillo, Teofrasto consideraba estos cuatro colores como los colores básicos, al mismo tiempo que sugería una relación entre éstos y los cuatro elementos: tierra, aire, fuego y agua (FERWERDA, 2006: 61).

Sobre la práctica llevada a cabo por los sabios de la Antigüedad de vincular los humores y los temperamentos humanos con los elementos de la naturaleza, Isidoro de Sevilla recoge, en *De natura rerum*, un tratado de Antioco de Atenas sobre los mismos, en el cual expone que el temperamento sanguíneo está relacionado con la primavera, el viento del sur y el color rojo; el colérico con el estío (verano), el viento del este y el color amarillo; la melancolía con el otoño, el

⁶ En relación a la concordancia entre la flema y la bilis amarilla con las estaciones del año, no existe unanimidad entre los diversos autores, algunos indican que la flema se corresponde con el invierno y la bilis amarilla con el verano, aunque otros señalan que es a la inversa.

viento del norte y el color negro; y la flema con el invierno, el viento del oeste y el color blanco (TRISOGLIO, 2001). Isidoro considera, asimismo, que «al ser cuatro los elementos, cuatro son también los humores y cada humor se corresponde con un elemento: la sangre representa el aire; la bilis el fuego; la melancolía la tierra y la flema el agua» (OROZ y MARCOS, 1983: 485).

En el panorama medieval se mantiene igualmente el paralelismo entre los fluidos corporales, los temperamentos y las estaciones del año. Como apunta Robert Bartlett, en la Edad Media se entendía que había una directa correspondencia entre la sangre, la bilis amarilla, la flema y la bilis negra, que, a su vez, originan cuatro temperamentos: el sanguíneo, el colérico, el flemático y el melancólico. El hecho de que existieran cuatro puntos cardinales, cuatro vientos y cuatro estaciones del año venía a confirmar esta teoría, la cual, expresada en un diagrama perfectamente simétrico demostraba que se ajustaba a la verdad (BARTLETT, 2002).

Todavía en la actualidad podemos comprobar cómo la concordancia que las antiguas tradiciones observan entre el número «cuatro», los cuatro elementos, los solsticios y los equinoccios, sus humores correspondientes y los temperamentos a ellos asociados, aparece en las antiguas *cartillas rústicas* de los agricultores, que circularon hasta no hace mucho tiempo entre las gentes del campo. En alguna de ellas leemos ciertas costumbres populares que la Iglesia mantuvo de forma solapada entre su liturgia por ser práctica muy arraigada en la tradición popular. Así, en la conocida *cartilla* de Diego de Torres, se dice textualmente:

Llamanse quatro Temporas estos discretos ayunos, que con gravissima reflexión nos tiene ordenados la Santa Madre Iglesia, por las estaciones de tiempo en que caen; esto es, por los quatro tiempos del año en que se celebran; pues advirtiendo los Sumos Pontífices, las alteraciones de la naturaleza, que vive ordenada à las mudanzas del temporal, han querido moderar con el suave rigor de los ayunos, los hervores de nuestro temperamento, que en las quatro estaciones del año, tiene conocidas efervescencias, yà la sangre, yà la cólera, & (Diego de Torres, s.a.).

6. CONCLUSIONES

Así pues, y a la vista de las distintas exposiciones que hemos señalado, creemos, como otros autores, que el escritor del *Apocalipsis* recurrió a textos veterotestamentarios, mitos y costumbres populares, y tradiciones astrológicas de la época, entre otras fuentes, para elaborar el episodio de los *cuatro jinetes*. En consecuencia, los elementos que conforman ese pasaje bíblico quedarían enmarcados en su propia época o en épocas precedentes y serían un compendio de piezas de distinta procedencia, que el escritor cohesionó entre sí de una forma muy sutil. Con el paso del tiempo el enigmático texto suscitó, entre creyentes y no creyentes, la fascinación por dilucidar su misterioso contenido. En el caso de los primeros, intentando descifrar un hipotético mensaje divino, llegando, como hemos visto, a muy diversas y variadas conclusiones. En el caso de los segundos,

el interés por el *Apocalipsis* radica fundamentalmente en analizar el origen de sus posibles fuentes, ya sean orales, literarias o iconográficas. En este sentido, y como colofón al presente trabajo, debemos tener en consideración que cualquier tipo de creación humana, ya sea literaria, plástica o de cualquier otro tipo, debe tener un precedente. El libro del *Apocalipsis* – como cualquier otra obra – demanda un referente, es decir, una fuente de inspiración; a partir de aquí, cualquier tipo de interpretación que se realice, con la intención de descubrir un posible mensaje oculto, quedará supeditada al libre albedrío de cada exégeta. Encontrar las fuentes de inspiración que llevaron al escritor del *Apocalipsis* a redactar tan enigmático texto es un tema que sigue abierto a nuevas investigaciones y que excede los objetivos de este trabajo.

7. BIBLIOGRAFÍA

- ALVAR, J. et al. (2007): *Cristianismo y religiones místicas*, Cátedra, Madrid.
- BARTLETT, R. (2002): *Panorama medieval*, Art Blume, Barcelona.
- BROWN R. E. et al., eds. (1971): *Comentario Bíblico San Jerónimo*, Tomo IV, Nuevo Testamento, Cristiandad, Madrid.
- BRUSATIN, M. (1987): *Historia de los colores*, Paidós, Barcelona.
- CALDERÓN DORDA, E. (1993): *Arato, Fenómenos – Gémino, Introducción a los fenómenos*, Ed. Gredos, Madrid.
- Castellani, L. (2010): *El Apokalypsis de san Juan*, Homo Legens, Madrid.
- CRASBEEK DE MELO, A., ed. (1677): *Oración elogial, moral, y expositiva del Apocalipsis del señor San Joan, dicha en el real monasterio de Sancta Clara de Lisboa por el padre Frei Francisco de S.*, Lisboa.
- CUMONT, F. (1987): *Las religiones orientales y el paganismo romano*, Akal, Madrid.
- DELNO, C. W.; ZIMDARS-SWART, S. (1986): *Joaquín de Fiore, una visión espiritual de la historia*, FCE, México.
- DESLÉE DE BROUWER, ed. (1967): *Biblia de Jerusalén*, Círculo de Lectores, Bilbao.
- DIEGO DE TORRES (s.a.): *Cartilla rustica, phisica visible, y astrología innegable: Lecciones de agricultura, y juicios pastoriles, para hacer docto al rustico*, s. ed., Madrid.
- FERWERDA, R. (2006): *Aristóteles, Sobre los colores*, Apuntes de Estética Artium, Vitoria-Gasteiz.
- GIET, S. (1960): *El Apocalipsis y la historia*, Taurus, Madrid.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. et al. (1995): *Obras completas de Beato de Liébana*, Estudio Teológico de San Ildefonso, Madrid.
- GUIGNEBERT, C. (1973): *Manual de historia antigua del Cristianismo*, Albatros, Buenos Aires.
- HARRAUER, C.; HUNGER, H. (2008): *Diccionario de mitología griega y romana*, Herder, Barcelona.
- HEERBERT LAWRENCE, D. (2008): *Apocalipsis*, Langre, Madrid.
- HERNÁNDEZ, B. (1981): *Ptolomeo, Tetrabiblos y Centiloquio*, Las Mil y Una Ediciones, Madrid.

- HUERGA, A. (1999): *Gregorio López, declaración del Apocalipsis*, Fundación Universitaria Española, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca.
- LÓPEZ ROSAS, R.; RICHARD GUZMÁN, P. (2006): *Evangelio y Apocalipsis de san Juan*, Verbo Divino, Estella.
- MEER, F. VAN DER (1978): *Visions from the Book of Revelation in Western Art*, Thames and Hudson, London.
- MENÉNDEZ PIDAL, G. (1958): *Sobre miniatura española en la alta Edad Media, corrientes culturales que revela*, Espasa-Calpe, Madrid.
- MIRETE PINA, A. (1998): *666. Apocalipsis I a XIII. Una profecía cumplida*, Encuentro, Madrid.
- MOUNCE, R. H. (2007): *Comentario al libro del Apocalipsis*, Clie, Viladecavalls, Barcelona.
- MUÑOZ LEÓN, D. (2007): *Apocalipsis, Comentarios a la Nueva Biblia de Jerusalén*, Descleé De Brouwer, Bilbao.
- OROZ RETA, J.; MARCOS CASQUERO, M. A., trads. (1983): *San Isidoro de Sevilla, Etimologías II, Libros XI-XX*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.
- PASCUAL TORRÓ, J. (2008): *Victorino de Petovio, Comentario al Apocalipsis y otros escritos*, Ciudad Nueva, Madrid.
- PIÑERO SAENZ, A. (1974): *Teopneustia, Estudio sobre las concepciones de la inspiración en los escritos cristianos de los siglos I y II. Tesis doctoral (extracto)*, s. ed., Madrid.
- RODRÍGUEZ MARÍN, P. (1993): «Comentarios a las miniaturas del Beato. Los cuatro jinetes», en *Beato de Valcavado, estudios*, Universidad de Valladolid, Valladolid.
- ROJAS GÁLVEZ, I. (2011): *Los símbolos del Apocalipsis. Estética del encuentro de Dios con la humanidad*, discurso inaugural del curso académico 2011-2012, Facultad de Teología, Granada.
- ROMERO POSE, E., trad. (1994): *Cesáreo de Arlés, Comentario al Apocalipsis*, Ciudad Nueva, Madrid.
- ROSELL, M. (1798): *Reglas y Observaciones para entender las Santas Escrituras, especialmente el Libro del Apocalipsis escrito por san Juan*, Imprenta Real, Madrid.
- SAINZ DE ROBLES, F. C. (1986): *Ovidio, Las Metamorfosis*, Espasa-Calpe, Madrid.
- SAXL, F. (1989): *La vida de las imágenes, Estudios iconográficos sobre el arte occidental*, Alianza Editorial, Madrid.
- SCHICK, E. (1974): *El Apocalipsis*, Herder, Barcelona.
- SCHÜSSLER FIORENZA, E. (1997): *Apocalipsis, visión de un mundo justo*, Verbo Divino, Estella.
- SEPÚLVEDA GONZÁLEZ, M. DE LOS A. (1987): *La iconografía del beato de Fernando I, aproximación al estudio iconográfico de los beatos*, Tesis doctoral, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense, Madrid.
- STRECKER, G.; SCHNELLE, U. (1997): *Introducción a la exégesis del Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca.
- STUCKRAD, K. VON (2005): *Astrología. Una historia desde los inicios hasta nuestros días*, Herder, Barcelona.
- TORRES AMAT, F.; SCIO DE SAN MIGUEL, F., eds. (1886): *La Santa Biblia Vulgata Latina y su traducción al español*, Imprenta barcelonesa, Barcelona.

- TRISOGLIO, F., ed. (2001): *Isidoro di Siviglia, La natura delle cose*, Città Nuova Editrice, Roma.
- VELASCO DELGADO, A., trad. (1997): *Eusebio de Cesarea, Historia Eclesiástica II*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.
- VIDAL-NAQUET, P. (1990): *La historiografía griega bajo el Imperio romano: Flavio Arriano y Flavio Josefo*, Alianza Editorial, Madrid.
- VIVES, J. (1963): *Concilios visigóticos e hispano-romanos*, CSIC, Barcelona.
- WEINRICH, W. C. (2010): *La Biblia comentada por los Padres de la Iglesia, Nuevo Testamento 12, Apocalipsis*, Ciudad Nueva, Madrid.